

El llegar a ser sí mismo: una lectura del *Libro Rojo* de C. G. Jung

por Martín Grassi

Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel - UNSAM

Ciertamente, el camino más arduo es el camino que lleva a uno mismo. Pocos libros hay que reflejen el drama de asumirse como existentes libres, personales y únicos, como lo hace el *Libro Rojo* de Jung: en él encontramos –de modo asaz patético y poético– el camino mismo del gran pensador suizo, como si se tratara, a la vez, de un diario íntimo y de un Evangelio (es decir, el anuncio de una *buena nueva*). Todos los caracteres, todas las ilustraciones, su misma encuadernación, son testimonio de un tesoro intransferible que guarda a la vez la clave de la esencia individual del protagonista, y la puerta misma a Aquello en donde dicha esencia puede ser realizada. Pero, a la vez, el mismo hecho de que su drama se haya materializado en un libro de esas características, es un manifiesto de que nada referente a lo humano le es ajeno. Paradójicamente, en lo más personal se encuentra el único puente que nos lleva hacia nuestros hermanos. Aún más, ya la utilización de imágenes y de palabras para descubrir lo propio y lo allende, es también un indicio del carácter común de la búsqueda y del destino humano. No es que se trate, por ello, de un “manual de la existencia” (¡qué horrenda profanación!), en tanto que todos debemos encontrar en el camino de Jung el camino a seguir, sino que, por el contrario, su poder de inspiración se encuentra en la singularidad de la búsqueda misma, o mejor, en la exhortación a emprender el camino original que nos es propio. He dicho antes que el *Libro Rojo* es, a la vez, un diario íntimo y un Evangelio: creo que, en rigor, Jung nos ha querido mostrar que ambos formatos no son sino uno solo.

¿De qué camino hablamos cuando hablamos del camino a uno mismo? A mi parecer, tal es la cuestión central del *Libro Rojo* de Jung. A través de todas sus páginas, podemos ver cómo este camino no está de ninguna manera determinado de una vez para siempre, ni tampoco

recorrido en su totalidad. Al mismo tiempo, no es un camino trazado dentro de uno mismo, ni fuera, sino en las síntesis de lo uno y de lo otro. Algo, al menos, es claro: el camino a uno mismo solo puede ser el propio camino, y sólo cuando transitemos el propio camino podrá advenir lo que tanto ansiamos: nuestro nombre propio. El camino a uno mismo es horroroso y terrorífico justamente en esta falta absoluta de criterio, de ejemplo o de vía obligada, puesto que el terror es pisar el verde virgen de los caminos no hollados. El camino está dentro nuestro, y solo nuestro andar es hacedor del camino propio. Por ello, Jung ya nos advierte al principio del libro que él no viene a enseñar nada: “El camino está dentro nuestro, no en los Dioses, ni en las enseñanzas, ni en las leyes. Dentro nuestro está el camino, la verdad, la vida” (Jung, 2009, *Liber Primus*, p. 231)¹. Sin embargo, el camino propio no se revela a una intimidad cerrada sobre sí misma (la de un egoísmo individualista e inconsistente), sino en la intimidad más profunda donde albergamos un Otro, en un “interior íntimo meo” (al decir de San Agustín) en el que una voz, a la vez extraña y propia, nos habla. Este Otro en nosotros no puede ser determinado en ningún sentido, pues en cuanto tal escapa al poder de las palabras y del entendimiento, sin embargo, este Otro nos acompaña y guía en el camino a uno mismo a través de los símbolos y de las imágenes, a través de los muertos y de los dioses, de los mitos y de las fábulas. Este Otro más interior a nosotros que nosotros mismos, nos habla en el silencio sugerente de los Arquetipos, del lenguaje misterioso, poético y numinoso de la memoria primordial de los hombres, guardada como su joya más preciada, y que recolecta la escucha a lo divino de los primeros hombres. Solo en la mediación de los símbolos podemos llegar al encuentro con lo Inmediato de sí mismo, que es a la vez lo propio y lo ajeno, puesto que -como enseña Filemón en su sermón a los muertos- lo uno y lo otro viven en el Pleroma, en el todo del cual todo participa (Jung, 2009, *Scrutinies*, parágrafo 6).

El camino a uno mismo es el camino menos transitado, y aquél que genera el horror más acuciante. Empero, aunque dicho camino haya sido desde siempre el más evitado por el paso del hombre, el “espíritu del tiempo”, del nuestro ante todo, nos invita especialmente a declinar emprenderlo, aconsejándonos siempre a reposar en el orden y el sentido del mundo y de uno mismo, contruidos sobre las bases del valor, del uso y del significado. Su arma más poderosa es la palabra, que define los objetos y permite manipularlos. Nada cae en lo azaroso ni en lo oscuro, sino que, en la era de la técnica, todo nos es transparente, claro y, por lo tanto, a disposición de nuestros caprichos. Pensar

¹ Las traducciones al castellano de las citas que se encuentran en el *corpus* del texto son nuestras.

lo impensable, el sin sentido, el caos, lo posible, no entra en la consideración del “espíritu del tiempo”. Pero lo que la palabra cierra, lo abre el símbolo: “No hay demasiadas verdades, sino solo unas pocas. Su significado es demasiado profundo como para asirlo excepto en símbolos” (Jung, 2009, *Liber Secundus*, cap. XIII, p. 291). Justamente, es el “espíritu de las profundidades” aquél que lleva hacia las cosas últimas y más simples, y que ha puesto a Jung al servicio de lo inexplicable y de lo paradójico. Esto no significa, sin embargo, dejar de lado un espíritu por el otro, sino situarlos a ambos en el único camino que lleva hacia uno mismo y que abre el horizonte para que aparezca Aquello que deba advenir. Sin que podamos renunciar al sentido ni al sin-sentido, debemos emprender el camino de lo que acontece. Mientras que el sentido y el orden se encuentran en lo que ya ha venido y no están adviniendo más, el sin sentido y el caos no permiten tampoco ningún acontecer, pues falta el horizonte mismo que haga posible su advenir. El supremo sentido, pues, se encuentra en el maridaje del orden y del caos, que nos lleva más allá de la división entre sentido y sin-sentido. No se trata nunca de negar los polos opuestos y en tensión, sino que se trata de vivir la tensión misma y reposar en la paradoja: no se trata de síntesis superadoras, sino de la pasión de la contrariedad, que nos cuelga en el árbol de la vida entre el cielo y el infierno (Jung, 2009, *Liber Secundus*, cap. XXI).

Pero el “espíritu del tiempo” no nos tienta ante todo con la posibilidad de dominar el mundo de afuera, tanto a las cosas como a los hombres, sino ante todo con la posibilidad de dominarse a uno mismo. Es decir, la tentación de no andar el camino a lo propio no se encuentra tanto -aunque tenga un peso particular- en la alienación de sí en las técnicas de manipulación de lo externo, sino en la alienación de uno mismo en sí mismo, a partir de las técnicas de manipulación de lo interno. El *Liber Primus* va a enfrentar justamente esta primera cruzada contra el héroe en nosotros, es decir, contra la imagen moral de uno mismo que es el producto de las prácticas de las virtudes, que ocultan la totalidad de lo personal, y encubren la maldad bajo el maquillaje de la bondad. No reconociéndose malos, los hombres proyectan su alienación en sus hermanos, y el héroe mata al minotauro, que no era otro que él mismo. En orden a emprender el camino a uno mismo, es necesario abrazar la totalidad de la experiencia existencial del hombre, en su grandeza y en su miseria, puesto que ambos contrarios son en realidad uno, el árbol mismo de la vida, que hunde sus raíces en los suelos del Infierno y busca las alturas de las moradas del Cielo. Debemos por ello saber, no la diferencia entre el bien y el mal, sino tan sólo el sentido del camino de la vida, que es un camino ascendente desde lo Bajo hacia lo Alto (Jung, 2009, *Liber Secundus*, cap. XVI). El primer libro,

entonces, del *Libro Rojo* busca la desapropiación de la imagen del héroe como imagen de la realización de sí mismo, puesto que el héroe no asume la totalidad de la existencia, sino que la mutila en pos de una bondad vacía y hueca (pues le falta la consistencia que le brinda su contrario), y de este modo genera la violencia del hombre contra el hombre al no permitir el reconocimiento de nuestra profunda maldad y trasladar, así, lo monstruoso al otro. De este modo, ya se insinúa lo que será una de las frases tópicas de la sinfonía junguiana: hay que abrazar todo lo humano para comulgar con todos los hombres.

Para destronar al héroe en nosotros, Jung tomará a su Alma –un Arquetipo de especial importancia- como la guía hacia sí mismo, en un camino que lleva a la soledad, al sacrificio y al desierto. El Alma, que nos habla en sueños (Jung, 2009, p. 233), nos muestra el camino a la verdadera soledad, que es el desierto de uno mismo, para que vivamos como Cristo en un camino de vaciamiento y anonadamiento en promesa de lo venidero, de la trascendencia divina². Y para ello, debemos abandonar primeramente las intenciones, los para qué y los por qué, puesto que la intencionalidad es la delimitación de un horizonte para trazar un mapa de acción, una pre-tensión hecha pro-nóstico y predicción de lo que sucederá, y, por lo tanto, no deja el espacio como para que la verdad irrumpa³. El héroe como ideal de vida, nos ciega y no permite en su idealidad manifestar la vida misma, la vida que es a la vez bien y mal, luz y oscuridad, abismo y altura. La vida es fluyente y recorre las zonas ensombrecidas y las luminosas con un mismo andar: el sentido y el absurdo son momentos tan solo de un mismo fluir (Jung, 2009, Liber Primus, cap.VII). Cuando una instancia del movimiento se congela, entonces el estadio mismo se torna viejo y muerto, y entonces la vida se detiene. El movimiento implica un morir y un renacer necesario. Por ello hay que asesinar al héroe en nosotros, y dar a luz a un nuevo Dios, que nazca de las profundidades y se eleve a las alturas, pero en todo caso, uno mismo no puede claudicar a su tarea misma de ser sí mismo: “Vivir uno mismo significa: ser la propia tarea. Nunca digas que es un placer vivir uno mismo. No será una alegría, sino un largo sufrimiento, puesto que debes convertirte en tu propio creador” (Jung, 2009, Liber Primus, cap. X, p. 249). Pero ser el propio

² “You should be himself [Christ], not christians but Christ, otherwise you will be of no use to the coming God” (Jung, 2009, p. 234).

³ “Do you still not know that the way to truth stands open only to those without intentions? (...) We tie ourselves up with intentions, not mindful of the fact that intention is the limitation, yes, the exclusion of life. We believe that we can illuminate the darkness with an intention, and in that way aim past the light. How can we presume to want to know in advance, from where the light will come to us?” (Jung, 2009, pp. 236-237).

creador implica no detenerse jamás en el movimiento que lleva siempre a sí mismo, siendo el símbolo la ocasión para que uno se transforme en un otro que sí mismo, un otro que ya era pero que no quería enfrentar. Sólo el símbolo abre las puertas a uno mismo, a la propia interioridad, y abre la puerta como quien abre un horizonte infinito a transitar. Podríamos decir que el símbolo –esta riqueza de la humanidad- es un *fenómeno saturado* (al decir del filósofo Jean Luc Marion) en tanto que quiebra toda posibilidad de categorización o de univocidad en la interpretación: aún más, quiebra los mismos horizontes desde los cuales abordamos un fenómeno, llevándonos a nosotros mismos como existentes a un lugar novedoso en que el sentido anterior pierde vigencia y nos hundimos en un sin-sentido que, sin embargo, será el trampolín mismo de una nueva instancia de significación⁴. De allí el terror y la fascinación ante el encuentro con los símbolos: al modo de lo *numinoso* (en el sentido de Rudolf Otto), el símbolo -ciertamente sagrado- aparece a la vez como *mysterium tremendum et fascinans*, y de allí el horror y la consternación, así como la maravilla y el vértigo, cuando Jung dialoga con los símbolos en sus sueños y visiones.

La muerte del héroe, primer tramo del camino hacia sí mismo, culmina en la aceptación de la integralidad del hombre en su aspecto racional y pasional. Elías y Salomé –sus símbolos respectivos en Jung- no son sino partes de uno mismo, partes indiscernibles de la totalidad personal. Sacrificar una por la otra no es sino sacrificarse a uno mismo en cuanto tal. Solo en dicha aceptación puede revelarse la divinidad, a la cual el hombre aspira incesantemente. Pero la divinidad que surge de estas profundidades, que es hija misma de la cópula entre pasión y razón, entre amor y conocimiento, nos invita, no a redimirnos en el héroe como ideal a seguir, sino a volvernos nosotros mismos un Cristo, un ungido por el Dios, que debe atravesar los tormentos de la cruz para llegar a ser sí mismo. Nada ni nadie puede excusarnos de nosotros mismos y del peso de nuestra individualidad. Y pasar por el camino de la cruz es querer ser el otro de uno mismo: “porque quiero ser también mi otro, debo convertirme en Cristo. Soy hecho en Cristo, y debo sufrirlo” (Jung, 2009, Liber Primus, cap. XI, p. 254).

⁴ “El proceso simbólico es un *vivenciar en imagen y de la imagen*. Su desarrollo muestra por lo regular una estructura enantiométrica como el texto del *I Ging* y presenta por lo tanto un ritmo de negación y posición, de pérdida y ganancia, de claridad y oscuridad. Su comienzo se caracteriza casi siempre por un callejón sin salida u otra situación imposible; su meta es, expresada en general, el *esclarecimiento o una más elevada concienzualidad*, con lo cual la situación de partida se supera en un nivel más alto” (JUNG, 1984, p. 45).

Sin embargo, el camino no culmina en la impugnación del héroe, sino que debe continuar en el proceso del nacimiento y de la muerte del Dios. El *Liber Secundus* recorre este segundo trecho hacia sí mismo. No sólo debemos olvidarnos del héroe como el ideal que debemos imitar para llegar a ser nosotros mismos, sino que también, en la fuerza misma de nuestra libertad que da vida a Dios a través de la imagen y del símbolo, debemos hacer posible el amanecer de lo divino para obligar luego su ocaso. En efecto, tampoco el Dios puede ser Aquél que toma nuestra vida en sus manos para redimirla, sino que debemos permitir que el Dios se aleje de nosotros mismos, tome distancia, como para que lleguemos a ser hombres. Cristo deja lugar, entonces, a Filemón: ya no se trata de un Dios que se hace hombre y carga con la humanidad, con el tormento y la cruz, para exceptuarnos del sufrimiento y abrirnos los Cielos, sino que se trata del mago que nos obliga a tomar el propio camino, a abrazar la propia cruz y abrazar nuestro propio tormento y sufrimiento. Dios ya no es una respuesta, sino una pregunta Infinita, un hacernos cuestión de nosotros mismos, y solo quien nos abandona a nosotros mismos es profeta y mensajero del verdadero Dios, íntimamente distante y lejanamente íntimo.

El camino hacia uno mismo es siempre hacia adelante: uno avanza, y debe dejar atrás todos los posibles resabios de anteriores templos, sin mirar hacia atrás ni tampoco anticipando lo que el cielo celeste podrá brindar. Así, el camino apunta hacia el Este, hacia donde el sol aparece, puesto que ser hombre es conectarse con lo solar: "...Quiero existir desde mi propia fuerza, como el sol, que da luz y no que la toma. Eso pertenece a la tierra. Vuelvo a llamar a mi naturaleza solar y quisiera apresurarme a mi amanecer" (Jung, 2009, *Liber Secundus*, cap. VII, p. 277). Sin embargo, el hombre no es el Sol, ni puede alcanzar el Este: el encuentro con Izdubar, el ciudadano de la luz, es el regalo mismo de lo divino, en tanto que asegura la permanencia recíproca de lo divino y de lo humano. A diferencia, quizá, del profeta nietzscheano, el camino hacia uno mismo no supone la muerte de Dios como aniquilación de lo divino y exaltación de la libertad humana, sino que el auténtico existir respeta lo divino mismo como un reino original e independiente, y del cual tomamos vida y fuerza. El hombre vive en el Oeste -qué dolor para quien quiere ser luz-, pero anhela el Este, y solo en este camino medio puede existir de modo auténtico⁵. De allí la necesidad de cuidar

⁵ "You need to undertake only half the way, he will undertake the other half. If you go beyond him, blindness will befall you. If he goes beyond you, paralysis will befall him. Therefore, and in so far as it is the manner of the Gods to go beyond mortals, they become paralyzed, and become as helpless as children. Divinity and humanity should remain preserved, if man should remain before the God, and the God

a Dios del veneno occidental del pensamiento objetivo y técnico propio de las ciencias, las cuales olvidan lo sagrado y la vida para morir en el dominio y en la seguridad de lo anónimo. Pero debemos temer y cuidarnos del Dios que renace y se cura gracias a nuestro cuidado: la formación del Dios puede encadenarnos como lo hacía la imagen del héroe, y podemos caer en la tentación de elevarnos junto al Dios resucitado a unas alturas que no nos pertenecen, y que encubren la maldad y la oscuridad que en nuestro seno yacen. El camino obligado es aceptar nuestro vacío y nuestra falta, y dejar ir al Dios: cualquier cadena que nos ligue a aquello que nuestra propia vitalidad ha dado vida, nos aliena en lo externo de sí (Jung, 2009, *Liber Secundus*, cap. XI-XII).

La aceptación de sí mismo es la aceptación de la propia paradoja, de quien es a la vez nombrado e innombrado, a la vez luz y tinieblas, que es y no es al mismo tiempo. Y tal paradoja es la vida misma en su fluir y fuerza. Cualquier definición es ya una muerte. La alienación no es sino este definirse en otro, dejando de lado la alteridad en uno mismo. No sólo el ideal moral del héroe, ni la imagen del Dios, sino también los arquetipos mismos pueden absorbernos en su idealidad: tal es lo que Jung llama el fenómeno de la posesión (Jung, 1984, pp. 45-46). El Dios distante habla con el lenguaje de los muertos, y es con los muertos con quienes debemos encontrarnos para encontrarnos a nosotros mismos. Y los muertos son el símbolo de la sabiduría de la humanidad en su historia global, los mensajeros mismos de los símbolos. Pero, de nuevo, no se trata de repetir el camino de los antiguos, sino de recrear la riqueza que nos proporcionan. De allí que "dar vida a lo antiguo en un nuevo tiempo es creación" (Jung, 2009, *Liber Secundus*, cap. XX, p. 310). Y el nuevo tiempo siempre es el tiempo personal de uno mismo, y la situación única del existente único e irrepetible que es cada quien. Vivir en la escucha dudosa y en la espera ciega, en esta tensión misma en que ni la voluntad ni la inteligencia pueden avanzar, tal es el origen mismo del camino hacia sí mismo, puesto que la resolución de ser uno mismo nace de esta tensión y aparece siempre en donde uno menos lo esperaba (Jung, 2009, *Liber Secundus*, cap. XX).

Y aquí, entonces, la importancia capital del Arquetipo de Filemón, el anfitrión de los dioses junto a su mujer Baucis: la magia que hace posible el camino hacia uno mismo no puede ser enseñada ni tampoco comprendida, pero es necesaria para abrazar lo comprensible y lo incomprensible, la razón y la sin razón: "la práctica de la magia consiste en hacer lo incomprensible comprensible de un modo incom-

remain before man. The high-blazing flame is the middle way, whose luminous course runs between the human and the divine" (Jung, 2009, *Liber Secundus*, cap. IX, p. 281).

previsible” (Jung, 2009, *Liber Secundus*, cap. XXI, p. 314). La magia, pues, es un modo de vida, y acontece cuando en el intento de tomar las riendas de la propia vida se es consciente que un otro está de hecho tomándolas: a diferencia de Cristo, el viaje a los Infiernos no es distinto del viaje al Cielo, sino que uno y otro se reclaman a sí mismos, y tal es lo mágico. Se trata entonces de amar la propia alma y a sí mismo para emprender solos el camino hacia sí. El encuentro con Filemón es el más tranquilo en su escenario, pero el más terrible en su mensaje:

Tus palabras me dejaron abandonado a mí mismo y a mis dudas. Y entonces yo me comí a mí mismo. Y por ello, Oh Filemón, no eres un cristiano, puesto que te nutres de ti mismo y fuerzas a los hombres a hacer lo mismo. Esto les molesta por sobre todas las cosas, puesto que nada le disgusta más al animal humano que sí mismo. (Jung, 2009, *Liber Secundus*, cap. XXI, pp. 315-316).

A diferencia de Cristo, que pastorea a los hombres cual rebaño, Filemón se ama a sí mismo, y en este amarse a sí mismo invita a que los hombres se amen a ellos mismos, los respeta como hombres y ansía su humanidad. Así, el amarse a sí mismo es el amor más grande que uno pudiera tener por los demás hombres, pues ¿cómo podríamos amar a los otros cuando no nos amamos a nosotros mismos?⁶

Es necesario vivir con uno mismo, con el propio Yo, y aceptarlo para poder purificarlo, para poder liberarlo de todas sus ataduras, y para ello es necesario estar solo consigo mismo, y morir a toda vanidad, a toda necesidad de acomodar la propia existencia a las exigencias de un sistema externo y de valuación ajenos. Tal es la finalidad del último libro, “Escrutinios”, en el que el camino hacia uno mismo precisa de una liberación completa de todo aquello que aliena al yo, de todo su orgullo, para que aparezca, así, en su desnudez radical. “Tú [le habla al Yo] debes ser un vaso de la vida: mata, entonces, a tus ídolos” (Jung, 2009, *Scrutinies*, parágrafo 1, p. 334). Debemos alcanzar nuestro propio sí mismo (*self*), y uniéndonos con él alcanzamos al Dios, no aquél que vive en uno (pues esto implicaría la introyección de la alteridad y la alienación de sí), sino aquél en donde uno mismo vive (como horizonte siempre abierto, y como posibilidad misma de la posibilidad, como el Todo del cual somos parte). El servicio que uno brinda

⁶ Creemos que esta interpretación de la figura de Cristo es injusta con el verdadero cristianismo, que no niega a la libertad de los hombres en la figura redentora de Cristo, sino que la afirma en la afirmación del amor de Cristo. No es el lugar, sin embargo, para detenernos en este punto. Señalemos, nomás, la ambigüedad misma de la figura de Cristo en las reflexiones de Jung, en las que por momentos aparece como un hombre que vive su drama, y por momentos como subyugador de los hombres.

a sí mismo es, entonces, un servicio divino y un servicio a la humanidad, pues no carga a Dios ni a los demás de sus propias faltas, ni se transforma en lo que no es (ambos movimientos de dominación y de subordinación son, en rigor, dos vertientes del mismo movimiento de alienación de sí). Toda la tarea del existente es reconocerse como parte del Pleroma, que todo lo vivifica, para llegar a realizar nuestra esencia creatural a través del proceso de individuación.

No podemos detenernos en lo que representa la parte más metafísica -si cabe llamarla así- del *Libro Rojo*, en la que se intenta, por boca de Filemón, dar una cosmovisión y una ontología de fuertes raíces orientales. Pero cabe destacar el final del libro: Filemón recibe a una sombra en su jardín, que es el mismo Cristo. Cuando lo recibe le anuncia: “los dioses, y ya no se lamentan en tu nombre, sino que ofrecen hospitalidad a los dioses” (Jung, 2009, *Scrutinies*, parágrafo 15, p. 359). Tal es la transformación que ha inspirado la sabiduría de Filemón. Pero hay algo que ha traído como regalo el Cristo, y que aún faltaba en el atormentado camino a sí mismo: la belleza del sufrimiento (Jung, 2009, *Scrutinies*, parágrafo 15). Y este regalo acompañará en adelante al interminable viaje del hombre que busca -Odiseo exiliado- volver a su Hogar, a su propio centro, en la belleza misma de su singular tragicomedia.

La voz de Jung nos llega hoy con una especial fuerza: la exhortación a ser uno mismo -la celeberrima tarea socrática- adquiere en el encuentro con los símbolos una consistencia abrumadora. El imperativo de la individuación se realiza al tiempo que uno se reconoce a sí mismo como racional e irracional, diabólico y divino, antiguo y actual, muerto y vivo. Sólo en el reconocimiento de la totalidad de la existencia, y de la experiencia de sí, podremos alcanzarnos y realizarnos como personalidades libres. En este sentido, el despertar de los nuevos movimientos filosófico-religiosos traídos de algún modo de Oriente son indicios de una necesidad de renovación del hombre occidental, pero llevan en sí el peligro de la evasión: las artes marciales, el yoga, las medicinas alternativas, la filosofía de Oriente, son muchas veces vaciadas de su contenido propiamente religioso para transformarse en técnicas de un “arte de vivir”. Nuevamente el hombre busca librarse de ciertos ídolos para encadenarse a otros, por la sorpresa que despierta lo nuevo. Pero he aquí la gran enseñanza de Jung: lo que vendrá no puede anticiparse ni forzarse, lo que vendrá, los nuevos dioses y los nuevos hombres, no podrán jamás ser planeados ni formados al modo técnico-industrial, sino que acontecerán como lo inesperado y lo inexplicable. Será cuestión que recorramos hoy el abismo del propio ser en la distancia misma del Todo que nos funda, y en este recorrido será necesario, no un punto de partida absoluto (esa ilusión de

una libertad autárquica y solipsista, sin tradición ni trascendencia), sino la recreación de los símbolos legados por los antiguos -tanto orientales como occidentales-, que explotan las barreras y limitaciones que levantamos en nuestra vida cotidiana para poder enfrentarnos a lo propio. Sin hacer de las mediaciones -cualquiera ellas sean- un fin en sí mismas, posemos nuestro primer paso en la senda angustiante pero extremadamente bella que lleva y espera nuestro nombre, y solo el nuestro.

Bibliografía

JUNG, Carl Gustav (2009). *The Red Book. Liber Novus*. New York-London: W. W. Norton & Company, Philemon Series.

JUNG, Carl Gustav (1984). "Sobre los arquetipos de lo inconsciente colectivo", en: *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Barcelona: Paidós.

Resumen

El presente trabajo quiere ser una interpretación sintética del *Libro Rojo* de Carl Gustav Jung a partir de una de sus tónicas: el camino hacia uno mismo. Este camino implica un gradual desprendimiento de lo que aliena al sí mismo, ya sea en la forma del héroe, ya sea en la forma de lo divino. Ni la moral ni la religiosidad serán auténticas si no son abrazadas y apropiadas por el sujeto mismo, y es este llamado a la responsabilidad de sí, a la inalienable libertad de sí, a lo cual este camino de exégesis de lo inconsciente deberá responder. El único camino hacia sí mismo, pues, es el que es propio, y sólo siendo uno mismo podrá uno ser hermano de sus semejantes.

The present paper wants to establish a synthetic interpretation of Jung's *Red Book* from one of its topics: the way to the self. This way implies a gradual separation from anything that could alienate the self, whether it is in the form of the hero or of the divine. Neither morals nor religiosity could be authentic if they aren't embraced or appropriated by the self himself, and is this call to one's own responsibility, to the unalienable freedom, to which this exegetics of the unconscious should answer. The only way to the self, then, is the one that is ours, and only by being oneself can one be brother of his fellow-men.

Palabras claves: Jung, Libro Rojo, Sí mismo, moral, religión, libertad.

Key Words: Jung, Red Book, Self, Moral, Religion, Freedom.

Boletín bibliográfico

Teología, Estudios de Mujeres y Estudios de Género

por Virginia R. Azcuy y Eloísa Ortiz de Elguea

El presente boletín se organiza en tres secciones: Teología y Estudios de Género, Teología Moral y Bioética y Espiritualidad. Las autoras pertenecen al proyecto de investigación del Programa de Estudios Teologanda: Dra. Virginia R. Azcuy, profesora en la Facultad de Teología de San Miguel; Lic. Paula Carman, Lic. Eloísa Ortiz de Elguea y Lic. Nancy Raimondo, quienes obtuvieron sus títulos de postgrado en la Facultad de Teología de San Miguel.

Teología y Estudios de Género

Eckholt, M.; Lerner Febres, S. (eds.), *Ciudadanía, democracia y derechos humanos. Reflexiones en vista a la conmemoración del Bicentenario de la Independencia*, Quito, Ediciones Abya-Yala, 2009, 336 pp. Esta publicación es el fruto de un I Seminario llevado a cabo por el *Stipendienwerk Lateinamerika-Deutschland* (ICALA), en Lima, Perú, entre los días 20 y 25 de febrero de 2007. En el mismo participaron, en colaboración con el DAAD (Servicio de Intercambio Académico Alemán), diferentes universidades de América Latina. El tema central fue los Derechos Humanos a la luz del fenómeno reciente de violencia sufrido en el Perú entre los años 1980 y 2000, que trajo como consecuencia miles de víctimas fatales. Por este motivo, participaron también representantes de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Perú (CVR) que mostraron los resultados de sus trabajos de aproximación histórica y sociológica a la realidad peruana, y describieron la reacción de la sociedad peruana y de la *elite* política ante el Informe Final, poniendo de manifiesto el papel que las diferentes etnias juegan en la organización de la desigualdad social en el país. En la segunda sección, se analiza el concepto de ciudadanía a la luz de la "participación", dando lugar así a la reflexión sobre ciertos términos como "empoderamiento", "justicia participativa", "bien común", etc. En la última sección, aparece la perspectiva indígena y de las mujeres que fue profundizada en un II Seminario realizado en 2008, también publicado por la misma editorial.

Eckholt, M.; Ortiz, G. (eds.), *Ciudadanía, democracia y perspectiva de género. Reflexiones en vista a la conmemoración del Bicentenario de la Independencia* (2), Quito, Ediciones Abya-Yala, 2010, 581 pp. Obra colectiva de autores latinoamericanos y alemanes que recoge los resultados de un II Seminario llevado a cabo en Córdoba, Argentina entre el 29 de julio y el 3 de Agosto de 2008 y organizado por ICALA. Este libro se caracteriza por presentar una lectura interdisciplinaria sobre el tema ciudadanía, democracia y